



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13565

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 150 pías. - Tres meses, 450 id. - EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24.

MARTES 5 DE MARZO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en indólicados ó en letras de fácil cobro. - Correo postal en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

EN FAVOR DE LA MAESTRANZA

La Junta de Defensa

Ayer á las cinco de la tarde se reunió en el Ayuntamiento la Junta de Defensa, presidida por el Alcalde señor Aguirre.

Asistieron los Sres. Maestre (D. José) Ramos Bascañana (D. Francisco), Pérez Lurbe (D. Camilo), Delgado (D. Alejandro), Lizana (D. José), Las Heras (D. Enrique), Sanz (D. Mariano), Moncada Nioreno (D. José), Conesa Balanza (D. Francisco), Bautista Monserrat (D. Francisco), los representantes de la prensa local Sres. Pelayo, Madrid y Romero, y los obreros de la Maestranza Sres. Cavas y Langot.

El Sr. Aguirre explicó el objeto de la reunión, que era dar cuenta á la Junta de las gestiones realizadas en Madrid por el Sr. Maestre, y el resultado obtenido hasta la presente.

Hizo el Sr. Maestre historia minuciosa de los trabajos realizados cerca de los Sres. Lacierva, Maura y Ferrándiz en favor de la Maestranza de nuestro Arsenal, y en realidad no pueden ser más optimistas sus impresiones.

En primer término dijo, el Ministro de Marina tiene ya trazado el boceto de la Real Orden que se publicará muy en breve, fijando la situación de los ancianos despedidos y de todos aquellos que sin haberlo sido se encuentran en las mismas condiciones de edad y de servicios y quieren acogerse á los beneficios de dicha Real Orden.

Este, que era el punto casi capital del problema, se encuentra resuelto; los obreros percibirán el socorro de los seis reales diarios y podrán conjurar las torturas de la miseria.

El Sr. Ferrándiz, que ha estudiado con detenimiento las condiciones de nuestros arsenales, piensa destinar á cada uno de ellos los trabajos que estén más en armonía con aquéllos; el de Cartagena, por ejemplo, se destinará á construcción de torpederos, á carenas y reparaciones.

En los próximos presupuestos se aumentan 20.000.000 de pesetas para nuevas construcciones, y de éstas, algunas corresponderán, seguramente, á nuestro Arsenal.

Respecto á continuar el despido de obreros en lo futuro, también son excelentes las impresiones que trae el señor Maestre, pues aún en el caso improbable por ahora de que se verificara el arriendo de los arsenales á alguna empresa particular, el Ministro de Marina procuraría, en primer término garantizar la permanencia de la Maestranza en dichos establecimientos.

Esto es, en resumen, lo que ha manifestado el Sr. Maestre, respecto á los obreros despedidos; en cuanto á lo que se refiere á la construcción del dique de carenas y otras obras en proyecto tiene la seguridad de que muy pronto se procederá á su realización.

Los señores Cavas, Langot y el Alcalde Sr. Aguirre han dado las gracias al Sr. Maestre por sus benéficas gestiones, dándose por terminada la reunión.

CRONICA BREVE

Acerea de un naufragio

Has visto, lector, un día sereno alejarse de la playa un poderoso trasatlántico? Con qué majestad corta las olas!

POETAS MODERNOS.

Canción de Esperanza

Por Manuel Reina.

Ya la aura feliz del nuevo día
anunciase con trémulo fulgor.
¡Salud, infortunada patria mía!
¡Oh tierra de mi amor!

Almas nobles, al ser que os haya herido,
grandes y generosas perdonad,
y al pobre sin ventura, al desvalido,
benignas amparad.

Ya en las fábricas suena el ritmo de oro.
Ya el suelo inculto rompe el azadón.

¡Parece que ellas lamen humildes
la quilla que las divide! La sirena lanza
su ronco grito de victoria, y sobre
cubierta centenares de manos agitan
pañuelos que dan su postrer adiós á
la tierra.

Y allá va, al través de las brumas,
la flotante ciudad, maravilla de la industria,
prodigio de la ciencia, símbolo
del triunfo de los hombres sobre
los elementos...

Allá van á bordo del barco alegrías
de niños, ilusiones de la adolescencia,
graves cuidados de la vejez... las mil
formas del pensar y del sentir humanos,
coloreado todo por el resplandor
engañoso, pero consolador, de la
esperanza.

De repente el trasatlántico poderoso,
la ciudad flotante, el prodigio de la
ciencia, se estreñece, como si, dotado
de alma, presintiese el peligro.

Los vientos que parecían dormir,
se lanzan furiosos sobre la embarcación;
las olas que poco há parecían
un populacho de esclavos, no besan el
casco del buque: le escupen primero,
se encrespan después, se convierten,
por último, en montañas de agua; que
se desploman rugiendo sobre el poderoso
trasatlántico.

La sirena no grilla victoriosa: pide
socorro acongojada. La nave orgullosa
es zarandeada, levantada á las nubes,
hundida en el abismo, como frágil
juguete en las manos de un gigante.

Las manos que antes saludaban,
ahora, crispadas, se alzan al cielo
pidiendo misericordia, ó se cruzan en
actitud de plegaria, ó se aferran á los
maderos, que se parten; á los hierros,
que rechinan, á los cables, que se rompen.

Y allí cerca está el puerto; y desde
cubierta, entre los bramidos del huracán
y los remolinos formados por la nave,
y los chasquidos del barco, que se
despedaza, y los silbidos del vapor,
que se escapa por las roturas de la
caldera, ven los infelices nevegantes
el brillar de las luces de la ciudad y
el bogar impotente de los barcos que
intentan socorrer al buque perdido...
Todo en vano: la heroicidad de los
marinos que acuden en socorro del
trasatlántico no puede vencer la furia
del Océano; el noble esfuerzo de un
Príncipe Real se estrella también
contra la cólera de las olas.

Y después...

Tablas informes, objetos sin nombre,
que poco há eran maravillas de lujo;
instrumentos náuticos, que, hechos
pedazos, pregonas, flotando sobre
las aguas, su inutilidad, son todo
lo que queda del trasatlántico poderoso
que pocas horas antes se alejaba
de la playa.

A la vista de estas catástrofes siéntese
abatido el orgullo del hombre, y se
piensa en lo poco que valen las luces
que la ciencia ha encendido en la
tierra, después de apagar las luces del
cielo.

¡Alcemos al trabajo himno sonoro,
y fervida oración!

Al que labra, la suerte no es esquiva.
El páramo cambiemos en vergel,
y desposemos con la verde oliva
al glorioso laurel.

Del Arte en las batallas triunfadores
adormen la ciencia y la virtud,
y duerman nuestros ojos y rencores
en cerrado ataúd.

¡Oh patria, por doliente más querida,
cesen ya tus desmayos y aflicción,
que tus hijos, por verte enaltecida,
darán brazos, cerebro y corazón!

Manuel Reina.

Actualidad literaria

Santiago Rusiñol

Este pintor poeta, que ha aclamado
en sus obras el público cartagenero,
ve el alma de las cosas y cuenta lo
que ha visto de una manera fresca,
lozana, desenfadadamente, con esa fran-
gancia de espontaneidad que tienen
las flores recién abiertas y los pensa-
mientos nacidos al correr de la pluma.

Santiago Rusiñol, en su literatura,
ama las flores, y ama á los niños, y
ama las sonrisas de los jardines, y
ama también las ruinas, y las tleblas
y los cipreses; todo cuanto es alegre y
todo cuanto es melancólico: la Naturaleza
es su libro de Horas y su libro de
meditaciones, su lira y su salterio;
y es un enamorado de las puestas de
Sol; camufla su alma con el gran
disco rojo fugitivo...

Entre las obras del poeta, «El Poble
gris» es un libro que marca la ironía
en la personalidad literaria de Rusiñol.
Rusiñol es en sus «Oraciones» y en
«Jardín abandonat», poeta; es en
«Anant pel mon» y en «Falls de la
vida», narrador ameno y despertador
de mansas emociones; en «Llibertat»
y en «Cigales i formigas» ensalzador
de nobles ideas, y en «L'alegría que
pasa» pintor con el vocablo de gayos
y armoniosos aspectos de la vida; en
todas sus obras es consumado y ama-
ble ironista. Y más que en todas en
«El Poble gris», «El patio azul» y «El
héroe».

Todos deben leer sus obras poéticas
y dramáticas. Hechas por un artista
y para artistas, han de gozarle

ellos porque dice cosas recónditas
y descubre delicadamente repliegues
sólo de ellos conocidos. La fina sensibilidad
de Rusiñol ha tejido en ellas
una trama de matices sutiles, una
psicología de intelectual que tiene todo
el interés de un estudio científico.

Y deben los no artistas leer también
sus obras, porque la sana prosa en que
han sido escritas, goza por natural la
misma condición de la naturaleza; á
todos gusta, aunque no todos lleguen
á penetrar su sentido. Si sepan gozar
la faceta por faceta y matiz por matiz.

J. M. M.

Correspondencia de los Departamentos

CADIZ

Visita al «Pelayo». — Unelogio. — Varias
noticias.

Distinguidas familias de esta capital
visitaron el acorazado «Pelayo»,
en cuya huzca se improvisó con tal
motivo una *matinée* animadísima.

En la Avanzadilla eran esperadas
las señoras y señoritas que asistieron
á la improvisada fiesta, por varios al-
féreces de navío del «Pelayo», á cuyo
bordo se dirigieron en dos de los botes
del mismo que al efecto se hallaban
en el embarcadero.

Después de visitar el buque se hizo
ameno baile en la cámara del mismo,
siendo los concurrentes obsequiados
espléndidamente con pastas y licores,
durando la improvisada y grata reunión
hasta *ya entrada la noche* que regresaron
á tierra las distinguidas familias
citadas.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 138

aquella roca, que parecía inabismable; pero con
la sorpresa que me causó la desaparición de Cavor,
y de una vez más que estábamos en la luna. Con
el impulso que tomé hacia delante, en la tierra
apenas hubiera avanzado un metro; pero en la luna
me vi transportado á más de seis metros, es decir,
cinco más del borde de los peñascos donde me
encontraba.

Por el pronto, el hecho me hizo el efecto de una
de esas pesadillas en las que soñamos que caemos
en un abismo, sin llegar nunca al fondo aunque
mientras en la tierra, durante el primer segundo
de la caída, el cuerpo que desciende recorre quince
pies, en la luna sólo recorre dos; y con la sexta parte
de su peso. Yo descendí, al transporte el borde;
del barranco, supongo que unos diez metros, y para
este descenso empleé cinco ó seis segundos.

Ea decir, que floté en el aire durante mucho tiempo,
como una pluma, y así, enterrándome hasta las
rodillas, en un macizo de nieve acumulada en la
base de una roca gris azulada, vetada de blanco.
Apenas estubo á pie firme, miré á mi alrededor y
grité: «¡Cavor!»

Pero Cavor no parecía por ninguna parte. «¡Cavor!»
volví á gritar más fuerte. Sólo los ecos de
las rocas circundantes me contestaron. Me pedrí
faltos, y dirigiéndome hacia el barranco por donde

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 139

había descendido, gateé hasta encontrarme otra
vez en terreno firme. «¡Cavor!» volví á exclamar. Y mi voz resonó como
el balido de un corderillo perdido. Pero ni Cavor
me contestaba, ni yo le percibía por parte alguna.
Tampoco veía nuestra esfera, y por águas instantes
una horrible impresión de angustia me oprimió el corazón.

Afortunadamente, entonces ví á Cavor. Reía y
gritaba para atraer mi atención. Se hallaba sobre
el borde de una roca destrada, y como á 20 ó
30 metros de distancia. También él me gritaba: Yo
lo advertía por sus gestos; pero su voz no llegaba
hasta mí. Cuando noté que yo le había visto me
hizo señas, indicándome que saltara. Sin embargo
reflexioné que cuando él había llegado allá, evidentemente
de un salto en el momento en que yo le eché de
menos, también yo podría franquear aquella
distancia, pues sin duda era más fuerte y ágil que él.

De un salto, pues, hice un esfuerzo y salté con todas
mis fuerzas. Recuerdo la impresión. Me pareció
ser lanzado al alto vacío con un proyectil y como
si no fuera á descender jamás. La sensación era
deleznosa y horrible al mismo tiempo. Me parecía
que soñaba al verme volar de aquella manera. Dime
cuanta entonces de que mi esfuerzo había sido
demasiado violento: Pasé por encima de la cabeza